

desiertos que se adelantan sobre los bordes de la mar cerca de Alejandria.

Al aproximarse la noche vimos alejarse mas y mas la primera isla de América. Se diria que millones de diamantes brillaban en el cielo de un azul oscuro. Por primera vez me era dado admirar las *nubes de Magallanes*: eran como un polvo de estrellas, como el aliento de los espíritus que parecia empañar el espléndido espejo del firmamento.

Brasil, Bahía (ó San Salvador), 11 de Enero de 1860.

Al levantarse el sol la costa se encontraba cerca de nosotros: aparecian vastos méganos cubiertos de vegetacion. Con el antejo, y aun con la simple vista, se podia distinguir una pared de cocoteros soberbiamente alineados que cercaban la ribera, como si formaran un marco plantado por la mano de los hombres.

AMERICA

CAPITULO CUARTO

BAHIA Y EL BRASIL

Bahía (ó San Salvador), 11 de Enero de 1860.

Eran las diez de la mañana cuando entramos en la extensa *Bahía de todos os Santos*. El sol resplandecia en toda su gloria, y el cielo azul oscuro estaba reluciente. Mi alma se sentia inundada de alegría y de entusiasmo: era uno de aquellos momentos en que verdaderamente se extiende a nuestra vista un mundo nuevo en todos los sentidos de la palabra. Quisiera uno tener cien ojos para abarcar a la vez las maravillas desconocidas que se descubren repentinamente por todas partes. En medio del regocijo que se siente, se experimenta el pesar de no poder comprenderlo todo y recogerlo en la memoria. Por mas que el alma guste, muy rápidamente, ¡ay! la magnificencia del cuadro, cuando se quiere trasladar ésta por escrito, la expresion es nada mas una fotografia borrada y pálida, tomada en verdad del natural; pero sin color y sin vida cuando se compara con el modelo.

Esto se siente mas que nunca en una nueva parte del mundo, donde la naturaleza reina con su riqueza infinita, donde la atencion del viajero no es solicitada por ninguna creacion del hombre,

por nada que sea limitado. Las obras de arquitectura se graban desde luego en la memoria y pueden ser descritas aproximativamente; pero cuando la naturaleza es por todas partes señora absoluta, solamente permite que se le salude con entusiasmo en el momento que se le contempla, resistiéndose siempre a los recuerdos y a la descripción. Las ciencias particulares la describen ó la reproducen refiriéndose a los objetos de que se compone, ejerciendo cierta especie de anatomía sobre los cuerpos inanimados; mas la vida exuberante de la naturaleza, tal como en el Brasil se presenta, es de todo punto indescribible. Por esto nadie ha sido capaz de hacer conocer sus maravillas: aun el pincel del pintor se reconoce impotente ó cae confundido, cuando pretende reproducir las imágenes de estas comarcas.

El Brasil ha permanecido como estaba al salir de las manos del Creador. El bosque virgen que ahora se extiende hasta las puertas de las ciudades capitales, es el mismo que existió desde los primeros tiempos. El hombre no ha terminado la conquista del país: comenzó la lucha; pero aun no ha conseguido la victoria, no ha encontrado un instrumento propio para medir estas grandezas. Roma con todas las maravillas del arte que contiene, es mas fácil de abarcar y de describir que la mas pequeña plazuela de la verdadera selva virgen.

He comenzado por esta especie de prefacio, a fin de que se me perdone el que sea muy inferior a esta tarea: desde el primer día que he pasado en el suelo de América he conocido que esta carga me agobia.

El panorama de Bahía ó San Salvador recuerda el de Lisboa: tienen aquí los edificios el mismo carácter, sobre todo, los templos y los conventos que son numerosos. Se reconoce claramente el esfuerzo que hicieron los fundadores para imprimir a la colonia el sello de la madre patria.

El nombre verdadero de la ciudad, con todos sus títulos oficiales, está concebido así: *A Cidade de San Salvador na Bahía de todos os Santos*. El gusto de alargar los nombres hasta lo infinito, es un rasgo distintivo del Brasil: se extiende a las localidades y a las personas: conozco gentes que poseen cuatro ó cinco nombres de familia, y veinte por lo ménos de bautismo. En mi concepto, esta

es señal de un bien pequeño mérito: los nombres pomposos sirven para disfrazar el poco valor del objeto que los lleva. Hoy la ciudad se llama modestamente *Bahía*: entre todos sus nombres han escogido justamente el ménos feliz para designarla.

Bahía fué fundada en 1549 por el rey de Portugal Juan III. Poco tiempo ántes, aquel príncipe habia dado en feudo a D. Francisco Pereira Coutinho el país entero, desde el cabo San Antonio hasta el rio de San Francisco. La costumbre de dar así a favoritos y a grandes de la corte inmensas comarcas, podia tener algo de fastuoso y de económico al mismo tiempo; pero el progreso del país padecía con esto, y el del Brasil aun padece con este motivo. Ciertos dominios abarcan hace muchos siglos reinos enteros: los propietarios no tienen medios ni fuerzas para cultivarlos todos por sí mismos; trabajan solamente una pequeña parte, y son demasiado orgullosos para dividir ó para vender el resto de las tierras que les fueron transmitidas por herencia de padres a hijos. Este hecho explica, hasta cierto punto, por qué las selvas primitivas tienen todavía tan grande extensión y llegan hasta las puertas de Rio-Janeiro.

Volviendo a Coutinho, el primer propietario, atravesó el Océano para tomar posesion de su fabuloso dominio. Habiendo desembarcado en la *Bahía de todos os Santos* (nombre que me supongo le darian, porque en ella pueden nadar juntos todos los santos del universo), nuestro héroe, con grande admiracion de su parte, se encontró aquí establecido a un portugués, llamado Alvarez Correa, el cual, a consecuencia de un naufragio, se habia quedado en esta ribera y se habia casado con la hija de un gefe de la poderosa raza de los tupinambas.

Correa, que gozaba de grande influjo sobre los indios de la comarca, gracias á su mujer, la hermosa Paraguasson, resistió á las reclamaciones de su compatriota, por mas cristiano que fuese; pero el combate decidió en favor del señor que representaba a la civilizacion, lo cual cedió en mayor beneficio de este lado del Océano. El infortunado Correa quedó prisionero.

La jóven Paraguasson, fiel a su deber y a su origen guerrero, sublevó a su pueblo de las pieles rojas, y atacó a Coutinho con tanto valor, que éste tuvo que retirarse con sus portugueses hasta

Ilheos; pero llevándose consigo a su prisionero. Los tupinambas recurrieron entónces á la diplomacia, é invitaron á Coutinho a que abandonase su fuerte posicion de Ilheos y volviere a la Bahía. Coutinho aceptó la invitacion; pero encalló en la isla de Itaparica, y allí fué devorado con todos sus compañeros por la hermosa Paraguasson y por los buenos tupinambas. Correa se hallaba libre.

Cómo llegó este acontecimiento a oídos del rey Juan III de Portugal, es un punto sobre el cual guarda silencio la tradicion; pero sí es rigurosamente histórico que él dió lugar a que Juan resolviese establecer la capital del Brasil en la *Bahía de todos os Santos*, y a que enviase cinco grandes navíos con seiscientos hombres voluntarios y mil quinientos forzados a las órdenes del virey Thomé de Souza. A la llegada de esta expedicion, aun vivia Correa, el cual hizo grandes servicios a sus compatriotas procurándoles relaciones amistosas con los tupinambas.

Bahía debe su rápido progreso a los jesuitas, quienes pusieron con bastante energía su mano para la civilizacion del vasto imperio del Brasil. En el año de 1588, la Compañía defendió victoriosamente a la ciudad contra los ingleses. A fines del siglo diez y seis, la colonizacion habia tenido grandes adelantos: el Estado se dividió en dos provincias con dos capitales, Bahía y Rio-Janeiro. Los portugueses se extendian mas y mas, alrededor de Bahía, de tal manera, que los belicosos tupinambas tuvieron que retirarse a la parte interior y mas lejana del país. Otras tribus de la comarca fueron lentamente aniquiladas, ó se confundieron poco a poco con los colonos y con los negros.

Cuando el orgulloso y hábil Felipe II se apoderó de la corona de Portugal, despues de la desaparicion fabulosa del valiente rey Sebastian, sufrió el naciente Brasil una temporada de abandono absoluto. Con este motivo fué fácil a los holandeses, a las órdenes de Willekens, arrojar a sus enemigos los españoles que no eran ménos odiados de los portugueses a pesar del parentesco de raza. Sin embargo, los holandeses no fueron mas que un extranjero que vencía a otro, observaron tan mala conducta como los españoles: la egoista codicia de aquel pueblo de mercaderes se hizo odiosa a los brasileños que ya eran numerosos, y se sublevaron en masa; lo cual permitió que el almirante español, D. Fadrique de Toledo,

recobrase a Bahía en 1625. Estas diferentes vicisitudes son muy comunes en la historia.

El restablecimiento de la independencia de Portugal bajo la casa de Braganza, fué recibido con aclamaciones de alegría por el Brasil, y la dominacion española tuvo fin para siempre. El odio de razas, tan arraigado en la península ibérica, y que ha hecho enemigos irreconciliables a los portugueses y a los españoles, se ha trasplantado con mayor energía a los países trasatlánticos.

Partiendo de aquella época, Bahía aumentó rápidamente en extension, en poblacion y en importancia mercantil. El ministerio del gran Pombal no le fué favorable: aquel ministro, con el ardor de las reformas, tenia el humor inquieto y el gusto por los cambios que caracterizan a los grandes genios. Como todos los hombres que se elevan repentinamente, no tenia en cuenta las tradiciones históricas, porque pretendia formar él mismo la historia a paso de carga. Con la precipitacion irreflexiva del novador, decretó que la capital de esta colonia gigantesca se trasportase de la ciudad de Bahía, que habia ido creciendo gradualmente, a la lejana ribera cercada por la selva virgen, donde se eleva en la márgen de las aguas tranquilas la ciudad que lleva el extravagante nombre de Rio-Janeiro. En Bahía dió lugar esta medida a violentos disgustos, y aun ahora se perpetúan aquellas malas disposiciones con un antagonismo indomable contra la ciudad que es hoy residencia del emperador.

En el punto de vista político, el cambio practicado por Pombal era deplorable. Hecha abstraccion del principio que establece que un hombre de estado debe sacar partido de las tradiciones en lugar de mirarlas con desprecio, Rio se encuentra demasiado cerca de la frontera del Sur, para que pueda servir de centro a este imperio colosal. La falta de unidad jamás se ha hecho mas sensible que en el momento de la independencia, cuando la dominacion real se mantuvo en Bahía durante tres años contra el imperio que comenzaba a nacer. Desde aquel tiempo, las provincias del Norte, con Bahía que les sirve de centro, se inclinan a un gobierno republicano; y Rio es demasiado débil y está demasiado léjos, para hacer sentir sus privilegios de capital. Por lo mismo, el emperador ha tomado la prudente determinacion de visitar a Bahía y

a las provincias, y por este medio, con su presencia ha retardado una catástrofe que estaba próxima a estallar.

Puesto que estamos en el capítulo de la historia, debo hablar de otro peligro que amenaza a Bahía y a su población blanca. Dos palabras bastan para darlo a conocer; pero es como una tempestad suspendida sobre la ciudad, pesa sobre ella misteriosamente lo mismo que la fiebre amarilla. Bahía cuenta en su población ochenta mil negros y solamente cuarenta mil blancos. Estos números permiten calcular matemáticamente las eventualidades del porvenir, en el caso de que aconteciera una de esas sublevaciones que se renuevan periódicamente. No hablo de los principios de ruina que la esclavitud lleva invariablemente en su seno, aunque en momento oportuno me ocuparé de ellos y los probaré. Pero dejemos por ahora los hechos históricos, y pasemos a los espectáculos exteriores, cuya hermosura nos encanta y nos sonríe.

Atravesando a las doce del día la gran plaza de Victoria, el calor no nos pareció tan insoportable como naturalmente se pudiera imaginar. Dimos la vuelta al antiguo fuerte, construido de granito, que defiende a la ciudad por el lado de la mar, y nos introdujimos en la calle que conduce a la altura en que se encuentra la ciudad de Bahía propiamente dicha.

A la derecha, junto a la tapia de un gran jardín, estaban sentados una multitud de negros vendiendo fruta sobre la acera. Imposible es imaginar un grupo más curioso para un recién llegado. Todas las estaturas, todas las edades, todas las dimensiones se veían allí representadas por las más extravagantes muestras. Se encontraban negras viejas con vestido talar muy ligero, verdaderas hechiceras, de una dureza repugnante y de una fealdad que hacía temblar: su piel negra parecía goma elástica encogida y arrugada: sus manos y sus pies negruzcos se movían con una gimnástica de mono: sus cabezas pequeñas, semejantes a las de las tortugas, estaban cubiertas con una pequeña tela de lana blanca: y sobre todo esto, dientes largos y de reluciente blancura y miradas de atrevimiento repulsivo, iluminadas con el aguardiente. Aquellas horrorosas criaturas apostrofan al extranjero, ofreciéndole guayabas, plátanos, cocos y otras mil frutas más pequeñas que me eran desconocidas y que producen las selvas vírgenes.

Cerca de allí, semejantes a los animales que rumian, reposaban verdaderos monstruos, con la plenitud de las formas de la juventud, ostentando a las miradas de los transeuntes masas de carne negra de una amplitud y de un desarrollo verdaderamente gigantescos. Una mujer en particular llamó nuestra atención por sus formas extraordinarias. Llevaba el traje pintoresco y singular de las negras brasileñas, que recuerda en cierta manera la patria africana: una enagua de cotonada, de flores muy vivas, flota negligentemente alrededor de la cintura que se balancea suavemente; una camisa limpia sin mangas, que parece arrojada por casualidad, cubre el busto; para andar por la ciudad, un paño de colores variados cae sobre los hombros formando pliegues pintorescos; perlas falsas mezcladas con amuletos paganos descienden por el pecho; y por último, un turbante de gasa blanca ó azul claro se enrolla alrededor de la cabeza. Los colores claros y vistosos sientan bien a los cutis bronceados en la frescura de la juventud: en este sentido y hasta donde la naturaleza lo permite hay lugar en estas mujeres para cierta elegancia.

La mujer de que he hablado ostentaba un aspecto de satisfacción en medio del grupo. Su cuello y sus hombros hubieran hecho honor al emperador Vitelio: su seno, descubierto en tres cuartas partes, estaba en armonía con sus amplias proporciones; y sin embargo, aquellos encantos exóticos no carecen de cierto brillo, merced al tono aterciopelado y bronceado de la piel. La dama en cuestión, estaba bien persuadida de esto, según parecía, y lo manifestaba con una sonrisa de satisfacción.

Confesaré sencillamente que lo que más me admiró fué ver que las negras podían tener cabellos blancos como la nieve, lo que hace el efecto más desagradable que sea posible suponer, especialmente porque en las mismas mujeres el pelo no es más que una lana corta. Estamos habituados en nuestros países a considerar la longitud de los cabellos como uno de los principales adornos del sexo femenino, y repugna notablemente ver estas cabezas de mujer cubiertas con rizados tan económicos.

En las diferentes familias de animales atendemos solamente al tipo fundamental, y ponemos poco cuidado en las diferencias individuales: todos los avestruces, todos los asnos, todos los fais-

nes nos parecen iguales entre sí. Lo mismo sucede, aunque sea triste decirlo, cuando miramos a nuestros semejantes los negros, los cuales, bien pudiera decirse que no son nuestros semejantes sino hasta cierto punto. Casi siempre se encuentra en todos ellos el mismo tipo de rostro: no hay más diferencias que las de la edad y las de la estatura. Ordinariamente tienen el cuerpo esbelto y bien formado: la naturaleza no produce lisiados en esta raza. Entre los hombres se encuentran algunas veces cuerpos de atletas, sobre todo entre esos famosos cargadores que recuerdan los bronceos antiguos. La nuca y los omoplatos son especialmente notables por la belleza de las formas; las piernas por el contrario, son débiles y carecen absolutamente de pantorrillas, como sucede con los monos.

La generalidad de las mujeres es esbelta: su andar es elegante, sus manos son pequeñas y bonitas, el busto es bien formado y flexible; pero tienen el seno colgante y casi siempre plano como una tabla, lo cual es uno de los más horribles caracteres de la raza negra.

Hombres y mujeres tienen, por lo común, ojos brillantes, cuya expresión ordinaria es de una sencillez maliciosa; pero algunas veces también se les ven irradiar repentinamente con los instintos del tigre: en cuanto a la expresión de sentimientos más elevados, en vano se buscaría en este sombrío espejo de su alma.

Los niños de los negros son unos bonitos muñecos, aunque desgraciadamente sus movimientos recuerdan demasiado al cuadrupedo de las selvas vírgenes y de los cocoteros. Los ancianos son horrorosos: les falta la dignidad, esa hermosura de la vejez. A pesar mío, me hacen pensar en cierto mono viejo, que ya se había puesto enteramente blanco, y que ví muy triste en el *Jardin de Plantas*. Entre los negros la infancia y la vejez se aproximan a la bestia: solamente en la juventud, en la plenitud de la fuerza, parecen elevarse un momento al rango de seres humanos.

El traje de los hombres se compone exclusivamente de un pantalón blanco y una camisa del mismo color abierta: sobre la cabeza usan un sombrero de paja hecho pedazos, en forma de cubeta. Los esclavos que pertenecen a casas ricas, añaden a esto una chaqueta de algodón azul.

Me sorprendí de encontrar a cada cinco minutos un monasterio inmenso. Aquellos conventos son unos edificios que parecen prisiones de un aspecto misterioso, como en Palermo. Paredes gigantescas, con ventanas estrechamente enverjadas, dan testimonio de la reclusión en que viven los habitantes de aquellas casas: altas torres con figura de baluartes y galerías también enverjadas permiten ver a lo lejos la ciudad llena de vida, el océano de aguas azules y el campo cubierto con su antiguo verdor.

Es preciso viajar para saber: jamás me habría yo imaginado que una monarquía constitucional y democrática como el Brasil, bajo un gobierno tan pobre, pudiesen subsistir tan innumerables conventos, ni que en las inmediaciones de los espesos retiros que ofrecen los bosques vírgenes hubiese necesidad de encerrarse en el claustro. En Europa, un monasterio puede llegar a ser el único asilo pacífico que se presenta a la libertad individual; estos sagrados muros podrán servir de apetecible garantía contra las pasiones, las seducciones y las intrigas. El convento será el único sepulcro posible para resguardar al que se suicida moralmente (tomando esta expresión en buen sentido); pero ¿de qué puede servir en América, donde las selvas vírgenes con sus paredes de verdura y sus inexploradas barrancas se presentan como la verdadera patria de la paz del alma y de los corazones ofendidos por el mundo?

Además, hay muchas personas que en la edad media se habrían refugiado en los monasterios y que hoy prefieren la emigración a América. Especialmente para aquellos hombres que han tomado la resolución de romper con un pasado tempestuoso con el fin de formarse un porvenir regular, la América es excelente; porque el océano es ancho, muy ancho, es el río del olvido, y al que lo atraviesa, con esto le basta para recibir como un segundo bautismo que lava la sangre que puede haber manchado sus manos. En América, lo mismo que en los verdaderos conventos, jamás se pregunta al recién llegado de dónde viene, ni lo que trae: por perverso que haya sido en Europa, con aplicación y perseverancia, puede llegar a ser para su nueva patria el más digno de los hombres, una individualidad respetable bajo todos aspectos.

Cualquiera que sea ó que pueda ser en otros países la utilidad de

los monasterios, aquí evidentemente no son mas que un juguete que el gobierno no tiene valor, ni quizá derecho de prohibir. Con excepcion de los franciscanos y de los capuchinos que dan misiones, a la verdad muy medianas y poco edificantes, las órdenes religiosas en el Brasil, no son mas que un objeto de lujo que no puede complacer el corazon de la divinidad. En estas casas innumerables reina la tibieza y la carencia absoluta de obras espirituales. El papa que ha desplegado una severidad tan prudente contra la relajacion de las órdenes religiosas en Europa, haria un servicio inmenso a la religion disminuyendo (porque solo él puede hacerlo) la multitud de los monasterios brasileños, reformando a los capuchinos y a los franciscanos y obligándolos a cumplir con su primitivo destino.

Los innumerables conventos de mujeres no son, en su mayor parte otra cosa más, que viejos armarios en que se conservan retazos de desecho.

Desde el balcón de nuestro alojamiento se puede ver cómodamente a los transeuntes que suben de la parte baja de la ciudad por la principal arteria de Bahía: son, sobre todo, individuos de la colonia alemana que vienen de sus negocios por la tarde, y vuelven a Vittoria, que es el cuartel de la elegancia y del lujo. Entonces se vé la calle llena de cabezas rubias, cuyo rostro ha tomado colores lívidos bajo el clima del Brasil. Hombres de alta estatura suben la pendiente jadeando, y concluyen sus negocios durante el camino. Alguna vez aquella multitud germánica es atravesada por el paso rápido de un palanquin que conduce a un rico brasileño que vá a dormir la siesta. Un instante despues, éste descansa en medio de sus tesoros, duerme en su hamaca elegante, bajo una fresca glorieta adonde penetra la brisa de la mar: fieles esclavos le rodean mientras dormita pacíficamente sin malos ensueños. Si quereis saber cómo ha conquistado la riqueza, cómo ha reunido los millones que le sirven de cómoda almohada, tendréis fácilmente la respuesta en cualquiera calle: ha sido con el comercio de la carne humana, con el tráfico de los negros practicado en escala gigantesca ó con la fabricacion de moneda falsa. No por esto deja aquel hombre de ser un personaje muy apreciable: tendrá tal vez algun hermoso título de nobleza, asiste a la corte y forma

parte de la comitiva del emperador en las ocasiones solemnes. Duerme tan dulcemente como los santos en el paraíso. Y ¿por qué no habia de dormir con descanso? La nocion de la conciencia se ha perdido completamente bajo el cielo de los trópicos: en este clima de eterna suavidad parece que es desconocido este grado de sensibilidad moral. Faltando la conciencia no puede haber religion verdadera, y por lo mismo no se hace sentir la necesidad de aquella. Pero lo que no pueden suprimir estos *nababs* del Brasil es la expresion feroz de sus ojos negos, sombríos y siempre en acecho de alguna cosa: no puede uno mirarlos sin experimentar una sensacion de horror y una especie de estremecimientos.

Por la tarde hicimos una excursion por las inmediaciones de la ciudad. Las selvas del Brasil son como la república de las plantas: el hombre, ese déspota de la creacion, no aparece en ellas sino con el carácter de huésped y no ejerce aquí imperio ninguno. Esta es la verdadera imágen del paraíso, donde cada hijo del Creador vivia y se movia segun su voluntad. Como la naturaleza no conoce distinciones, los pequeños pueden vivir al lado de los grandes.

Seria una vana ilusion pretender describir un bosque semejante, aunque nada tuviese de la majestad colosal y admirable de la selva virgen. Ningun autor lo ha emprendido con confianza y ninguno lo ha conseguido tampoco. Puede presentarse como en fotografia a San Pedro de Roma ó al palacio de Louvre: el escritor puede reproducirlos piedra por piedra, columna por columna, en un órden matemático, para satisfaccion del lector curioso: puede decir los colores del edificio, puede enumerar los habitantes actuales y los antiguos; pero respecto de las selvas del Brasil, ni la descripcion, ni la fotografia pueden ofrecer una imágen satisfactoria para el que no las ha visto ántes: falta la escala, la relacion con la comarca. Si quereis tener una idea de esto, no teneis absolutamente mas que un partido que tomar, y es hacer vuestras maletas y ponerlos en camino.

Procurando darme cuenta de lo que he visto, de este espectáculo que he gustado tan ampliamente, que hubiera querido fijar en la retina de mis ojos, grabar en mi cerebro, me represento un cuadro que sin cesar estuviera variando, un caleidoscopio mara-